

da, y a quien nos cuenta que apodaban cariñosamente «*El Gringo*». Igual acierto tiene en la descripción del almacén, ventana curiosa, desde la cual su infancia asoma su inquietud de futuros.

Es indudable que el autor nos hace un magnífico retrato de su propia vida y en ella nos brinda todos los elementos de juicio, para formarnos un criterio cabal de su temperamento artístico y del ambiente que contribuye a su formación. Sus gustos, costumbres y demás pormenores nos son familiares, nada hay en ellos de extraordinario. Notamos sí en la descripción de la vida campesina el mismo problema que se hace presente en todos los países de sudamérica. Es fácil identificarse con sus inquietudes y sus pasajes infantiles, que nos hacen evocar tiempos idos y en los cuales logra éxitos felices, como en aquella participación escolar en las fiestas nacionales celebradas en la capital, provinciana, frente a las autoridades y en donde también surge la primera ilusión amorosa del autor, muy bien expresada en la obra.

Tendríamos que objetar sí, el exceso de máximas y la tendencia a la alocución patriótica, fenómeno que casi anula por completo el valor literario de algunos capítulos. Ello sin embargo no le resta el auténtico mérito que la totalidad del libro posee, que nos impresiona por el acierto de sus descripciones panorámicas y el cariño con que el poeta nos habla de su tierra, y de un pueblo vinculado a nuestra historia patria. Podemos decir, en resumen, que «*Interludio Mendocino*», como primer ensayo en prosa, asegura al escritor argentino futuros éxitos en sus nuevas producciones literarias.—ELISEO SAU.



«ANTOLOGÍA», de Angel Cruchaga Santa María.

Como una cadena infinita de seráfica lumbre, la poesía de Angel Cruchaga se tiende en esta Antología iluminando su contenido con homogéneo resplandor, y es una mano de poeta quien une estos eslabones y establece su alta jerarquía.

Se abren «Las manos juntas» y por el manso pórtico penetramos a las soleadas estancias donde florece el corazón del poeta y acusa su linaje místico en poemas de morbosa inquietud como debe ser siempre tal vez la primera poesía:

He mirado las sombras
buscando unas pupilas,
y en las manos frías, como un soplo,
he tenido temblando
la onda de su alma.
(de «Humedad»).

Ellos parecen los ancianos tristes
que se quedaron ciegos, en quietud,
y no hablaron con nadie.
Ellos sienten la voz que se reúne
como un haz de puñales en los cuartos
y aspiran el perfume
que brota de los ojos virginales.

Lo adivinamos en esa primera juventud de canto aventurero y triste, en la época del sombrero florido y los parques solos. Tiempos en que la bruma nos disuelve y la noche abre su página negra y las estrellas caen en los estanques como rosas heridas.

Como en una escala de ángeles ascendemos a la cima de «Job», y el poeta nos hace mirar su mundo por un cristal celeste. Increíble cristal en manos de un hombre absorto en lo divino mientras un aliento de verano ardiente roza su carne impávida. La exaltación de lo débil y la huella de Jesús, lo enajenan.

Y suspendida en el aire del amor «La ciudad invisible» delinea sus fronteras, y el canto se hace profundo y corre con su nota uniforme arreando los ardientes caballos en «La selva prometida», «La hoguera abandonada», «Afán del corazón», «Pa-

so de sombra», «Poemas del pueblo de San Bernardo», «Holo-causto», «Poemas inéditos», y los labios entonan despavoridos en un tiempo azul y angustioso.

He aquí el amor. Apasionado enigma que abre en horas imprevistas su cielo nocturno y el relámpago lo acompaña mientras una pluma de cisne le brota de los dedos. Y escribe sus mejores poemas como «Las columnas», «Profunda», «Intensamente», «Tu presencia». Van ellos quemando en «La selva prometida», junto a infinitos cantos de una hermosura completa, en viva poesía de lentas llamas. El ramo místico enmarca sus contornos y cubre muchas veces el pálido esplendor elegíaco del canto de pasión, por eso su impulso de certeros dardos amortigua en la herida su fuerza mortal. Vamos heridos entonces, pero de una dulce muerte.

Unas palabras de Neruda, escritas hace muchos años, impulsan con su mágico viento el navío y su esplendor con sus celestes aguas de adormiladas olas. Con el timón al cinto, bandolero de nieblas, el poeta dirige su curso iluminado, y son suyos los tesoros del mundo.—CHELA REYES.



SOBRE LA BIBLIA UN PAN DURO, por *Andrés Sabella*. Edic. La Honda. Santiago 1946

Se escriben libros en los cuales el artista trata de expresar su angustia y su anhelo. Y a veces el libro se queda como un gran silencio que nadie quiere tomarse el trabajo de romper, o como un anhelo ruboroso, perdido en la lontananza del amor y del sueño. Pienso en esto al leer este bello cuento de Andrés Sabella, el primero de su libro último, intitulado «El cielo Colorado». Quien escribió ese cuento con tanta sencillez, con una emoción tan pura, con unas palabras tan noblemente enaltecidas por una sensibilidad que no busca efectos, sino que quiere